

les, y con un parque de veinte kilómetros; las suntuosas procesiones, las colecciones de libros piadosos, y lo que es peor aun los *autos de fe* que la Inquisición le hacia celebrar con gran pompa, y se reconocerá que Juan V gastó quinientos millones en materias religiosas, lo que le valió el título de *Rey fidelísimo* que le concedió Roma en 1748.

Cuando tales locuras deshonran á un reino entero ¿es permitido rehabilitar al príncipe solo porque haya fundado una Academia portuguesa y una Academia de la Historia? ¿Porque haya suavizado las costumbres nacionales enervándolas? ¿Porque haya introducido en sus estados las modas francesas y la música italiana, en lugar de una verdadera civilización? ¿Pero cómo explicar, que léjos los portugueses de maldecir la memoria de Juan V la tengan por el contrario, en gran veneración? Esto es efecto de que las riquezas del Brasil habian herido á todos de un mismo vértigo, porque la fastuosa piedad del monarca era conforme al gusto de la nación, y porque aun cuando se ocupase mas de las cuestiones teológicas que de las de administración, era sin embargo accesible y generoso para con sus súbditos. En una palabra, el aprecio que Portugal ha tenido á Juan V nos parece su propia condenación. ¿Qué es la guerra sin grandeza, la paz sin prosperidad, una devoción sin piedad? Tal es el cuadro que presenta el reinado de D. Juan. No insistiremos en la definitiva abolición de las antiguas libertades portuguesas, cuya sola forma habia sobrevivido, pero Juan V tampoco convocó las *córtes á fin de que la tranquilidad pública no fuese alterada en lo mas mínimo* y nadie reclamó. El régimen de la Inquisición habia producido su efecto.

Los últimos días de Juan V fueron tan tristes, como brillantes habian sido los pasados tiempos. Atacado de parálisis en 1744, halló algun alivio en los baños de Caldas de Rainha; pero su mejoría fué pasajera, y el monarca languideció rápidamente léjos del lujo de que tan ávido se habia mostrado. El verdadero rey de Portugal fué desde entonces el recoleto Gaspar, el cual, menos hábil aun que su soberano en el arte de gobernar, tuvo sin embargo el mérito de ser mas económico. Hacia algun tiempo que Juan V habia dado en la costosa manía de mandar celebrar misas para descanso de los portugueses cuya muerte llegaba á su noticia, y con este motivo Gaspar tuvo cuidado de ocultarle las

defunciones que ocurrían en Lisboa, por temor, como decia, de que, *enviase á todos los vivientes al infierno para sacar del purgatorio á los difuntos.*

CAPÍTULO XX.

José I y Pombal (1750-1777).

JOSÉ I NOMBRA MINISTRO AL MARQUÉS DE POMBAL.—NACIMIENTO Y JUVENTUD DE POMBAL.—ESTADO DE PORTUGAL EN 1750; PRIMEROS ACTOS DE POMBAL; REANIMA EL COMERCIO.—REFORMA DE LOS IMPUESTOS; EDICTO SOBRE EL ORO BRASILEÑO; EL MINISTRO ATACA EL MONOPOLIO INGLÉS.—LAS IDEAS FRANCESAS; POMBAL SE ATREVE A REFORMAR EL CLERO.—TERREMOTO EN LISBOA.—HONROSA CONDUCTA DEL MINISTRO EN PRESENCIA DE TAN GRAN DESASTRE.—SUS ENEMIGOS CONSPIRAN EN VANO CONTRA ÉL; POMBAL SACA PARTIDO DEL TEMBLOR DE TIERRA PARA LA REGENERACION DE SU PAÍS.—POMBAL INSTITUYE LA COMPAÑÍA DE OPORTO PARA LA EXPORTACION DE VINOS; SUBLEVACION; REPRESION TERRIBLE.—LA ALTA NORLEZA CONSPIRA CONTRA JOSÉ Á FIN DE DERRIBAR Á POMBAL.—TERRIBLE JUSTICIA DEL MINISTRO; SU TRIUNFO.—POMBAL ATACA Á LOS JESUITAS.—LESMEZCLAENLA CONJURACION DE AYEIRO Y LES EXPULSA (1759).—POMBAL OBTIENE MAS TARDE SU ABOLICION; RECONCILIACION CON ROMA.—UNA NUEVA GUERRA COLOCA Á PORTUGAL BAJO EL PROTECTORADO DE LA INGLATERRA (1761-1763). ORGANIZACION DEL EJÉRCITO.—CONTINUAN LAS REFORMAS; PROSPERIDAD Y CIVILIZACION.—LAS COLONIAS EXPERIMENTAN LA INFLUENCIA DE POMBAL.—AUTORIDAD ABSOLUTA PERO SALUDABLE DE POMBAL.—MUERTE DE JOSÉ I (1777).

José I nombra ministro al marqués de Pombal.

El sucesor de Juan V no parecia estar predestinado para rehabilitar la decaída monarquía portuguesa; dotado José I de un mediano talento, habia recibido de su padre una superficial educación; y á pesar de contar ya la edad de treinta y seis años, no hacia el menor esfuerzo para salir de su ignorancia ni para iniciarse en los negocios. En vano fué que la conducta del padre Gaspar deshonrase el reino; José I no se habia acordado jamás de que era príncipe real, y en lugar de emprender con energía la defensa de la abatida patria, habia aguardado en medio de los placeres y conciertos, la hora de su subida al trono. Sin embargo de esto, el reinado de José I figura entre los mas bellos perio-

dos de la historia portuguesa, sin duda porque este rey tuvo un gran ministro, al cual no retiró jamás su favor, contentándose con la indirecta gloria que Pombal derramaba sobre su nombre.

José I debió á su madre tan excelente eleccion. Pombal figuraba entre las personas distinguidas de que se habia rodeado la viuda de Juan V, á fin de distraerse de los disgustos que le ocasionaba su frívolo marido; la reina madre no tardó en apreciar lo que valia el talento de Pombal, y no pudiendo introducirle desde luego en el gobierno, le habia reservado para mejores tiempos, creyendo que nadie era mas capaz que él para restablecer el antiguo esplendor de Portugal. José I, á quien fué propuesto por ministro, no hizo oposicion alguna, y como la etiqueta exigia que el cadáver del difunto rey fuese conducido al sepulcro por un secretario de Estado, presidió Pombal la ceremonia en calidad de secretario de Estado de negocios extrangeros. De aquel dia data la alta fortuna del gran ministro, pues siendo hombre para no desperdiciar las ocasiones, apenas se vió secretario, cuando reinó sobre su soberano como Richelieu reinara en otro tiempo sobre Luis XIII. La reina madre continuó sosteniendo al distinguido ministro al lado de su hijo, y al morir cuatro años despues, tuvo la conviccion de que no se habia engañado, y que con semejante eleccion habia favorecido los intereses de su hijo y los de su país.

Nacimiento y juventud de Pombal.

Don Sebastian-José de Carvalho y Mello, tan célebre en la historia del siglo XVIII bajo el nombre de marqués de Pombal, nació en Lisboa el dia 13 de mayo de 1699. Su padre llamado Carvalho de Ataíde, era capitán de caballería, y sin pertenecer á una de las mas grandes familias de Portugal, era sin embargo de noble cuna. Despues de haber hecho sus estudios en la universidad, se alistó en la milicia para no ingresar en la magistratura, á la cual se le destinaba; pero ya fuese que la nueva profesion no le conviniese, ya que algunas imprudencias de la juventud le hubiesen comprometido á los ojos de sus gefes, ya en fin, que no le hubiesen recompensado conforme él creia de justicia, es positivo que el marqués de Pombal no tardó en abando-

nar la carrera de las armas, y regresó á Lisboa para esperar un cambio en las circunstancias.

Sucedía esto en la época en que el digno hijo de Alfonso VI, el infante don Francisco, recorría las calles de la capital con una banda de *bravos*, con grave perjuicio de la tranquilidad pública, no avergonzándose de imitarle los mas nobles señores de la corte. A lo que se dice, Carvalho se asoció con uno de sus amigos para reprimir tales desórdenes; y oculto como aquellos, bajo blancas vestiduras, resolvió emprender solo la obra de la policia municipal, contando con su prodigiosa fuerza: logrólo efectivamente, y un buen número de aquellos camorristas nocturnos abandonaron una costumbre tan peligrosa como despreciable.

No se sabe á punto fijo de qué modo vivió Carvalho durante los años siguientes; pero no tiene duda que en 1733 se casó con doña Teresa de Noronha, de la ilustre casa de Arcas. Esta desigual union, que solo debió á un rapto, atrajo sobre su persona graves resentimientos, de los cuales juzgó á propósito garantizarse por medio del retiro; y sin embargo cuando se presentó nuevamente en Lisboa, en 1739, fué para recibir sus instrucciones como á secretario de la embajada de Londres. Su elevada posicion admiró tanto como su matrimonio á la aristocracia portuguesa; pero además de que su talento era ya conocido, pues acababa de dar una prueba de él en la Academia de la Historia, tenia por protectores al lado de don Juan V, á la reina y al cardenal Mota.

Parece que Carvalho desempeñó cumplidamente el cargo que se le habia confiado, puesto que al cabo de poco tiempo de su regreso, recibió el nombramiento de embajador en Viena (1745), donde figuró como mediador entre el imperio y Benedicto XIV en la cuestion que habia suscitado la extincion del patriarcado de Aquilea, desplegando en este negocio tal sagacidad que la reconciliacion fué casi inmediata. Al tributar Roma y Viena homenaje á la habilidad de Carvalho, sirvieron poderosamente á su fortuna, y otra circunstancia que no dejó de contribuir á ella fué el ilustre enlace de Carvalho con Leonor-Ernestina Daun, hija del mariscal austríaco del mismo nombre. Doña Teresa habia muerto en 1739, y como la familia de Leonor vacilase, la reina de Portugal, que era princesa austríaca, intervino á favor de Carvalho, cesando todas las dudas á la voz de aquella señora. Car-

valho regresó á Lisboa con una grande reputacion y cuantiosas riquezas.

Gaspar de Incarnazao no era hombre que se dejase seducir por semejantes consideraciones, y solo dispensaba favores á sus parientes, á sus amigos y á los monges. No hizo pues el menor caso de Pombal, y tal vez llegó en su interior á temerle, viendo en él á uno de los discípulos mas fervientes de las ideas filosóficas que la Francia habia á la sazón propagado por Europa. Preciso fué pues al futuro marqués aguardar apartado de los negocios, la muerte de Juan V y la elevacion de un nuevo rey.

Estado de Portugal en 1750; primeros actos de Pombal; reanima el comercio.

Otro que no hubiese tenido la fuerza de voluntad que distinguia á Pombal, hubiera retrocedido ante el estado de profunda desorganizacion en que habia caido el Portugal, á consecuencia de los males gobiernos que lo habian regido. En el interior, languidez y miseria, á pesar de las inmensas riquezas que el Brasil derramaba incesantemente en el pequeño reino; en el exterior, impotencia y humillacion, porque las colonias de Oriente ya no existian y las del Occidente solo eran fecundas para la Inglaterra. Tal era la verdadera situacion del país cuya regeneracion iba á emprender Carvalho; pero además de que este tenia fe en su genio y en las nuevas ideas de que era representante, contaba tambien con el afecto de su rey, y con la obediencia de sus cólegas. Levantar la decaida patria era el constante objeto de su afán, y para verlo cumplido, no vaciló en emplear la tiranía y el terror. La dictadura ejercida por él, durante mas de treinta años, pero siempre para el bien, era realmente necesaria en aquellos momentos. Solo el trono podia salvar aun el Portugal, con la condicion empero de no dejarse intimidar por ninguna de las resistencias que encontrára en su camino. El Portugal habia llegado á un punto en que era preciso salvarlo apesar suyo. «Mis súbditos, decia en la misma época Carlos III, son como los niños que lloran cuando se les limpia.»

Luego que Pombal recibió la absoluta direccion del reino, su primer cuidado fué el de reanimar la agricultura y la industria casi enteramente abandonadas, para cuyo objeto abolió la ley sun-

tuaria, y tomó otras medidas encaminadas al logro de sus deseos. En cuanto al comercio, cuyos beneficios todos eran para los ingleses hacia cuarenta años, alcanzó, sino reponerle en su antiguo esplendor, reanimarlo al menos por medio de la represion de la piratería berberisca, de la proteccion que concedió á la marina nacional, del envío voluntario ó forzado de nuevos colonos, y de la institucion de dos compañías para el Oriente y para el Occidente, bajo el nombre de compañía del gran Para y del Maranhão. Verdad es, que las quejas de que esta última institucion fué objeto, y las acusaciones que valió al mismo Pombal, hicieron que en breve decretase su supresion; pero ni estas quejas ni estos ataques prueban el error ni la culpabilidad del ministro. Las compañías que acababa de establecer eran indispensables para sostener contra la concurrencia británica una lucha de la cual era incapaz el comercio individual. El monopolio, por malo que pueda ser como principio, era al menos, por un tiempo dado, una necesidad en Portugal.

Reforma de los impuestos; edicto sobre el oro brasileño; el ministro ataca el monopolio inglés.

Otra causa de la continua decadencia de la prosperidad portuguesa, era lo mismo que en España, la enormidad y mala distribucion de las contribuciones públicas. Pombal se ocupó con zelo en extirpar tan grave mal, y si no pudo desterrarlo del todo, haciendo prevalecer el gran principio de la abolicion de las inmunidades, logró al menos atenuarlo mucho por medio de una percepcion mas económica y menos onerosa. Además, encontró para el Estado, una nueva renta en el acrecentamiento de la riqueza privada, y en la justa reivindicacion de considerables terrenos enajenados antiguamente en Africa y América, en provecho de las ricas familias del reino. Pombal cometió la falta de no contentarse con tan feliz pensamiento, sino que apoderándose de algunos de los dominios de que despojaba á los nobles, autorizó á sus enemigos para decir que el ministro habia obrado por su propio interés, mas bien que por el de la nacion.

Pero de todos los edictos que publicó el infatigable ministro, el mas importante fué el expedido en 1752 acerca de la exportacion del oro brasileño, con el cual asestó un duro golpe al poder

británico, libertó el Portugal, y rompió las cadenas que le habia impuesto el funesto tratado de Méthuen. Hacia ya bastante tiempo que la Inglaterra, absorbiendo todas las riquezas de las colonias portuguesas, se alimentaba con el jugo de aquella desgraciada nacion, y Pombal creyó llegado el momento de sustraerla á tan ruinosa explotacion.

Esta medida mereció el universal asentimiento, pues en ella estribaba la salvacion ó la ruina del país, y sin embargo, no pudo Pombal hacer que se sostuviese. La Inglaterra que habia establecido muy fuertemente su dominio mercantil sobre el Portugal para que un edicto pudiese destruirlo, se apresuró á enviar á lord Tirawlay á Lisboa, y las intrigas y quejas de este negociador, secundadas desgraciadamente por algunos malos ciudadanos, obtuvieron tan grande éxito, que anularon el patriótico pensamiento del ministro. Entonces reconoció este que el hábito era mas fuerte que sus enérgicas prescripciones; tomó el partido de renunciar á la ejecucion de su meditado plan, y no pudiendo destruir el mal, lo hizo al menos mas llevadero.

Las ideas francesas; Pombal se atreve á reformar el clero.

Pombal, que necesitaba mucha audacia para atacar abiertamente el poder inglés, demostró la misma declarándose contra el del clero. Discípulo de Voltaire y profundamente imbuido en las ideas francesas, deploraba hacia mucho tiempo la influencia de aquel gran cuerpo, y no vaciló en restringirla al subir al poder. Empezó pues por abolir el suplicio del fuego, y por mandar que la inquisicion, á la cual concedió, como por vía de consuelo, el título de magestad, no hiciese celebrar ningun *auto de fé* sin una autorizacion de los tribunales legos (1751). La mayor parte de las jóvenes que el Brasil enviaba á Portugal, para cultivar su educacion, no tardaban en profesar en los conventos donde estudiaban, y Pombal, que creia el número de monjas suficiente y escaso el de los colonos americanos, mandó que en lo sucesivo, las familias brasileñas no pudiesen enviar sus hijos á Europa sin prévio permiso del rey (1752). Estas medidas sublevaron contra su autor á todos aquellos que se aprovechaban de los abusos; pero Pombal se mostró poco sensible á estos clamores, y lejos de detenerse en la senda que se habia trazado, los reprimió con tanto

rigor, que sus enemigos no se atrevieron ya á atacarle abiertamente.

Terremoto en Lisboa.

Mientras renacia la prosperidad portuguesa bajo las hábiles manos de Pombal, una espantosa catástrofe acaecida el dia 1.º de noviembre de 1755 puso casi en cuestion la existencia de aquel país. Eran las nueve y media y nada anunciaba una revolucion de la naturaleza, cuando de repente se sintió un sacudimiento seguido al cabo de dos minutos de otro tan terrible y brusco, que la mayor parte de las casas se conmovieron, cubriendo un espeso polvo la ciudad entera. Un tercer sacudimiento completó el desastre, derribando los conmovidos edificios y los que habian resistido anteriormente. Horrible espectáculo el de tantas ruinas, tantas víctimas y tantos heridos que en vano imploraban auxilio, haciendo aun mas terrible el sombrío cuadro, el incendio y las desbordadas aguas del Tajo y del mar que inundaban la capital. Los sacudimientos se sucedian casi sin interrupcion, y sin ser tan violentos, renovaban incesantemente el espanto de los desgraciados portugueses. ¿Pero adonde refugiarse? Las iglesias en que los fieles buscaban un asilo se vinieron abajo, la campiña se abria en distintos puntos, y los buques del puerto se estrellaban unos con otros. En fin la muerte estaba en todas partes, y solo la Providencia salvó á los que sobrevivieron.

Las provincias mas apartadas de Lisboa sintieron tambien los crueles efectos de la catástrofe, pero en aquella ciudad fué terrible, ascendiendo á treinta mil el número de personas que sucumbieron, y á muchos centenares de millones las pérdidas que se experimentaron. Al cabo de veinte años Dumouriez escribió estas palabras: Lisboa, cuya descripcion he hecho ya, es un monton horrible de palacios arruinados, de iglesias quemadas y de escombros semejantes á los de una fortificacion que se ha hecho volar....

Penoso es tener que consignar que el terrible terremoto no fué la única causa de las desgracias que pesaron sobre Lisboa: la maldad de los hombres no tuvo menos parte que la naturaleza. Entre los humeantes restos de la hermosa ciudad, se veian

divagar numerosas hordas de marineros, de negros, de soldados y de presos que debían su libertad á la caída de sus cárceles, pensando únicamente en saciar sus pasiones ó su codicia, y podían hacerlo impunemente, pues en aquellos momentos, cada uno procuraba solo para sí y para los suyos, habiendo desaparecido toda sombra de gobierno.

Honrosa conducta de Pombal en presencia de tan gran desastre.

En medio de tan profunda desorganizacion, y mientras la corte solo pensaba en huir léjos de Lisboa, Pombal acreditó merecer la confianza que depositara en él José I. ¿Qué se debe hacer? preguntó el rey.—Enterrar á los muertos y pensar en los vivos» respondió P. de Almeida, y así lo hizo Pombal, pero con tanta actividad, que durante muchos dias no pudo salir de su coche. El número de decretos que en esta ocasion publicó se elevan á mas de doscientos. Era preciso reconstituirlo todo.

Apagar el incendio, contener la inundacion, remover los escombros, y tranquilizar á los vivos, mientras que para evitar la peste se mandaban sepultar en cal los cadáveres que se recojian entre las ruinas, tales fueron los primeros cuidados de Pombal. Además, hizo perecer en un solo dia á doscientos de aquellos miserables que tan odiosamente explotaban las calamidades públicas, y supo despertar en tan alto grado la compasion de las provincias á quienes habia respetado el terremoto, y hasta la de la Europa entera, que encontró medio con que subvenir á las mas apremiantes necesidades de la poblacion. Si en tales circunstancias Pombal desplegó un extremado rigor, no debe hacersele ningun cargo por ello, pues existen circunstancias tales en que la dictadura es una necesidad. Pombal mandó practicar una novena al padre jesuita San Francisco de Borja, patron contra los terremotos, pues aun cuando era discípulo de Voltaire, queria mejorar la moral de la nacion, y semejantes prácticas debían contribuir á ello poderosamente.

Sus enemigos conspiran en vano contra él; Pombal saca partido del temblor de tierra para la regeneracion de su país.

Los irreconciliables enemigos de Pombal, no se avergonzaron de elegir aquellos críticos momentos para derribarle del poder,

haciéndole perder el afecto del rey. Habian probado ya de perderle por medio del ridículo, pero no lo habian conseguido, y entonces recurrieron á la hipocresía, representando á Pombal como la única causa de los grandes males que pesaban sobre la patria. Dios, decían, habia querido hacer patente de una manera terrible la aversion que le causaba el amigo de los filósofos y el perseguidor de la Inquisicion; y como el rey les hiciese presente, que el palacio de Pombal era el único que habia quedado en pié en medio de las ruinas de Lisboa, el conde de Obidos contestó: «Es cierto, señor, pero todas las casas de la calle Zuia han gozado del mismo privilegio.» En aquella época la calle Zuia era la peor habitada entre todas las de Lisboa. José I fué bastante prudente para despreciar estas nuevas calumnias, y léjos de aumentar las calamidades del país, separando á Pombal de su lado, creyó ser el intérprete del sentimiento público confiriendo á aquel el título de primer ministro.

Pombal supo corresponder á la confianza del rey y de la nacion, pues viendo las grandes sumas que importaria la reconstruccion de Lisboa y la falta absoluta de cosechas, se apresuró á establecer un impuesto de cuatro y medio por ciento sobre todas las mercancías extranjeras, medida que no solo tenia por objeto aumentar los recursos del tesoro, sino tambien proteger la industria nacional. El ministro se mostró inexorable en el cumplimiento de este decreto, y en valde muchas naciones, entre las cuales se hallaba la Francia, se quejaron de este repentino aumento de los aranceles; en valde la Inglaterra, que penetraba perfectamente las intenciones del ministro, se armó con los tratados para obtener la inmunidad; ni los alhagos ni las amenazas pudieron impedir que se llevase á cabo aquella resolucion. Pombal contestó á los quejosos que aquella importante decision habia sido tomada despues de un maduro examen, y que era preciso ceder ante la necesidad. Los buenos resultados que los fabricantes portugueses obtuvieron durante los siguientes años, probaron que Pombal habia calculado los resultados de su ley. ¡Dichoso el Portugal si el ministro hubiera permanecido fiel á esta política! La Inglaterra no se hubiera enriquecido á sus expensas, y la pereza junta con la miseria no le hubiera degradado.